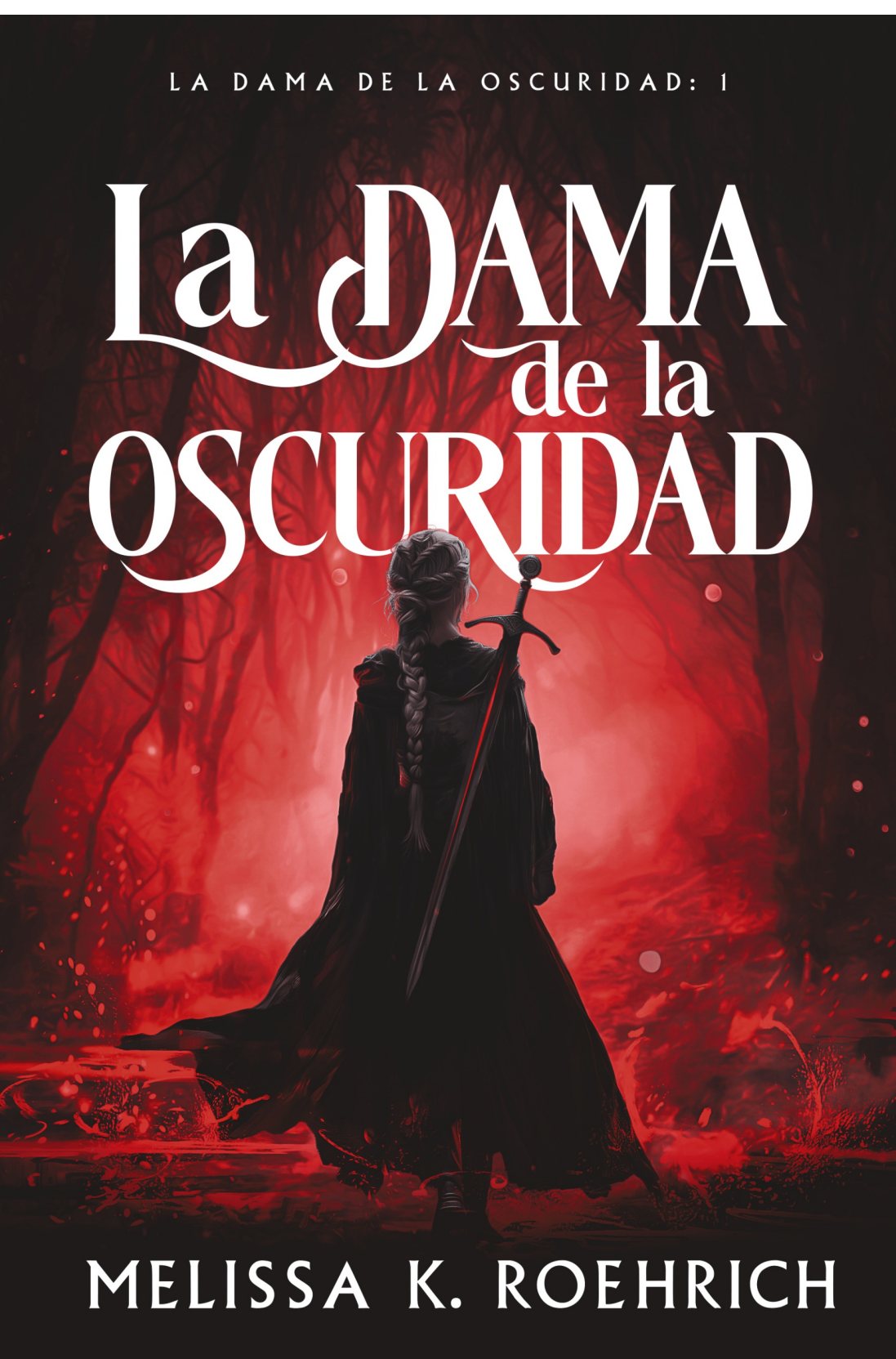
LA DAMA DE LA OSCURIDAD: 1

La DAMA de la OSCURIDAD



MELISSA K. ROEHRICH

Melissa K. Roehrich

LA DAMA DE LA OSCURIDAD

Traducido del inglés por Nora Aparicio Alfaro

FAERIS

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Melissa K. Roehrich, 2021. Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Donald Maass Literary Agency vía International Editors and Yañez' Co.
© de la traducción: Nora Aparicio Alfaro, 2024
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-22-5
Depósito legal: M. 2.495-2024
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



A mi marido,
por aguantar las noches que me pasaba escribiendo hasta las tantas
y las largas tardes editando,
por alentarme a perseguir mis sueños
y por decirme que simplemente publicase el maldito libro de una vez.
Te quiero


Chateau
Solembra
Montañas
Fiera
Corte del
Fuego
Río Tana
Hacia
Avonleya
Windonelle
Baylorin
Corte del Agua


White Halls
Corte del Aire
Threlarion
Bosque Xylon
Acantilados Shira
ydeon
Bosque Dresden
Reinos de las brujas
Toreall
Corte de la Tierra
Black Halls
Hijos de la Noche
Cambiaformas
Siofra

CAPÍTULO 1
SCARLETT

Estás segura de que estará aquí esta noche? —preguntó con calma una voz femenina que provenía de donde su portadora estaba encaramada en un muro bajo de jardín.

—Llevo semanas siguiéndole la pista —contestó una voz aterciopelada y melosa—. Estará aquí.

—Dijiste lo mismo hace una hora —gruñó la primera mientras daba vueltas a una daga que tenía en la mano.

—¿Entonces por qué me has hecho la misma puñetera pregunta?

—Te recuerdo amablemente que primero es mío.

—Como siempre —canturreó la segunda voz.

—Dejadlo. Las dos. —Una tercera y gélida voz femenina interrumpió la disputa.

Si la luna hubiese salido aquella noche, habría iluminado a las tres siluetas sentadas en las sombras en aquel muro de jardín, a la espera. Iban completamente vestidas de negro, desde las botas hasta las capuchas que tenían puestas sobre la cabeza, y las armas brillaban en cada centímetro de su cuerpo. Había dagas de acero y espadas. Arcos y flechas. Hachas de mano y látigos. Eran tres mujeres que sabían cómo utilizar cada una de las armas que las decoraban con una eficacia letal. Tres mujeres que sabían usar sus propios

cuerpos como armas, que sabían todas las maneras en las que una mujer podía hacerlo. Tres mujeres que eran mucho más inteligentes que la mayoría, y puede que esa fuera su arma más valiosa. Tres mujeres que se habían criado juntas. Que habían entrenado juntas. Tres mujeres temidas por la mayoría. Pesadillas hechas realidad.

Resulta que esa noche no había luna, así que el hombre, que también iba de negro, no vio a las mujeres avanzando sigilosamente por el muro al pasar junto a ellas, pese a estar echando la vista atrás por encima del hombro sin cesar. No escuchó los pies que aterrizaron a sus espaldas con más suavidad que la de un gato. El hombre no supo que no estaba solo hasta que tuvo una daga contra la espalda y aquella voz aterciopelada y melosa le ronroneó al oído:

—Hola, Dracon.

El hombre soltó una palabrota e intentó echar mano de la espada que llevaba al costado. Antes de que su mano tocase la empuñadura, la voz chasqueó la lengua:

—Yo, si fuera tú, no lo haría.

—Llevo semanas esperándote, zorra —dijo el hombre con desprecio—. Desde que hiciste que se supiera que la Sombra de la Muerte había empezado a seguirme la pista.

—Ah, ¿sí? —susurró con suavidad.

—Sí, así que resolvámoslo como los profesionales entrenados que somos en lugar de que me atravieses la espalda con una daga como una cobarde.

—Hmm, por encantador que eso suene, no creo que sea lo que va a suceder esta noche.

—¿Por qué no?

La mujer se alejó de él, liberando a Dracon con un empujón que hizo que trastabillase unos pasos.

—Porque esta noche me acompañan mis hermanas. —Incluso en la oscuridad, la mujer pudo ver cómo el rostro del hombre palidecía.

—¿Cómo? —susurró.

Una sonrisa cruel se extendió por el rostro de ella.

—Una en particular tiene un asunto pendiente contigo. —El tono de la mujer se volvió oscuro y se llenó de una diversión perversa mientras las otras dos mujeres emergían de las sombras. Olfateó el aire y se le ensancharon los delicados orificios nasales—. ¿Por qué vosotras dos hacéis que se caguen más que yo?

—No. —El hombre respiraba de forma entrecortada cuando retrocedió dando un traspiés—. No. No he hecho nada para merecerlo. ¡No!

—Bueno, eso no es cierto —dijo una de ellas con dulzura mientras daba un paso hacia él.

—¡Es cierto! Solo he hecho encargos. Como tú. —El hombre se tropezó con algo al alejarse de ellas y se cayó al suelo de piedra. Siguió alejándose a gatas—. ¡No he hecho nada para merecer que envíe a sus Espectros!

La mujer se sacó una daga del costado con una mano enguantada y se dio un golpecito con la punta contra la yema del dedo.

—No ha sido él quien nos ha enviado. A veces, nosotras saldamos nuestras propias deudas, y yo llevo mucho tiempo buscándote. —Su voz era semejante a un incendio forestal, a la nieve, al hielo y a las sombras.

—Entonces está claro que no sois tan buenas como se rumorea —respondió él con desprecio.

En menos tiempo de lo que el hombre tardó en volver a inspirar, la daga salió volando de la mano de la mujer y atravesó la de Dracon limpiamente, dejándolo clavado al suelo que tenía debajo.

Soltó un alarido de dolor e intentó sacarse la daga que le atravesaba, pero una bota le pisó la otra mano. Dio un grito ahogado por el dolor.

—Tienes razón —susurró la mujer que había lanzado la daga—. Somos mejores.

La mujer a la que Dracon había llamado la Sombra de la Muerte se dirigió hacia él y le arrancó la daga de la mano. Se la pasó a la que la había lanzado, que la cogió con facilidad, frunció el ceño y refunfuñó:

—Por los dioses, ahora huele como él.

Las otras dos le pasaron cada una un brazo por debajo de los hombros a Dracon y empezaron a llevárselo a rastras por el sendero. El hombre pataleaba con unos pies calzados con botas, retorciéndolos de un lado a otro, intentando zafarse de cualquier forma. Ellas actuaron como si estuviesen trasportando un saco de patatas. Habían entrenado a conciencia para saber cómo ocuparse de los de su especie.

Y cómo matarlos.

—¿Adónde me lleváis? ¿Adónde vamos? —chilló.

—La Doncella de la Muerte quiere hacerte unas preguntas —dijo la tercera mujer mientras lo lanzaban contra el muro bajo de jardín. Estaba repleto de abundante hiedra y de zarzas, y el hombre gritó cuando estas se le clavaron en las palmas, la piel y la cara.

—No. Por favor, no —suplicó—. ¡Pasad directamente a la tercera!

La Doncella de la Muerte se acuclilló ante él y le echó la cabeza hacia atrás con el dedo para escudriñarle los ojos.

—Ay, ya le llegará el turno a la Muerte Personificada... cuando yo haya acabado contigo. —No había nada humano en su mirada al contemplar al hombre que tenía ante sí—. Hace siete años te contrataron para matar a mi madre... y también a mí.

Al escuchar esas palabras, el hombre comenzó a temblar.

—Tú... Tú eres la hija. Tú eres la que... Has estado los últimos siete años desaparecida.

—Al parecer, me han encontrado.

Hundió la daga en la planta del pie de Dracon a través de la bota. La punta salió por el otro lado, rebanándole los cordones.

El hombre volvió a gritar y sollozó.

—Fue un encargo. Él me engañó. No lo sabía.

—¿No sabías a quién estabas asesinando? Parece muy poco probable —dijo la Doncella de la Muerte con una risa teñida de locura. Se sacó otra daga de la bota y se quedó agachada delante de él—. ¿Quién estaba contigo aquel día?

—No puedo decirlo. —Volvió a sollozar.

—Bueno, pues es una pena —suspiró. A continuación, le clavó la daga en el muslo.

—¡No puedo decirlo! —gritó al mismo tiempo que jadeaba por el dolor—. Me lo han prohibido. Una antigua magia de sangre me lo impide. No puedo decirlo.

—Tonterías —espetó la tercera, la Muerte Personificada—. No hay nadie que pueda llevar a cabo esa clase de magia. Aquí no hay magia.

—Sí que la hay —respondió el hombre con un grito ahogado—. ¡Lo juro!

—Miente —gruñó ella tras alzar la vista para mirar a la Doncella de la Muerte a los ojos.

—Es posible. Me importa una mierda. —Se levantó—. Tenemos horas para descubrir si de verdad nos ha estado mintiendo. —Dracon empezó a patalear de nuevo, retorciéndose en el suelo—. Dime, Dracon, ¿sabías que tu magia fae no te curará aquí?

En ese momento, Dracon temblaba con violencia.

—No sabía quién era tu madre hasta que fue demasiado tarde. ¡Lo juro!

La Doncella de la Muerte se limitó a esbozar una sonrisa de satisfacción.

—¿Recuerdas exactamente cómo la mataste? ¿Cómo la desmembraste extremidad a extremidad? Porque yo sí. Estaba escondida en un contenedor en aquel puto callejón y lo vi todo.

Dracon empezó a gimotear en cuanto las otras dos mujeres se pusieron al lado de ella. Las tres se quedaron de pie con la vista bajada hacia él, y la crueldad se apoderó de cada arruga de sus rostros.

Todas se sacaron unas dagas de las capas y se acercaron.

Dracon volvió a gritar.



Scarlett Monrhoe se despertó con los gritos de Dracon todavía resonando en su mente. Apenas soñaba ya con aquella noche. En realidad, este sueño era un recuerdo feliz. Por lo general, la despertaban unas pesadillas que la empapaban en sudor y hacían que la garganta se le quedase en carne viva por los gritos, sacudiéndola de las profundidades del sueño. Eran el motivo por el que llevaba meses sin dormir a pierna suelta, así que no estaba del todo sorprendida por haberse quedado dormida en pleno día.

Estaba sentada, repantigada en una silla mientras el sol vespertino se filtraba en el salón de la mansión Tyndell. El té que había estado tomando y tenía al lado hacía rato que se había enfriado. El libro que había estado leyendo seguía en su regazo, abierto y a la espera. Era un ejemplar bastante antiguo forrado en cuero con el que se había topado hacía algunos días. Había registrado la pequeña biblioteca Tyndell de cabo a rabo muchas veces y no sabía cómo se le había podido pasar por alto ese libro al escudriñar las estanterías en busca de algo nuevo, pero ahí estaba, destacando en la balda.

No trataba solo del reino caído de Avonleya. Aquel reino estuvo situado en un continente al otro lado del mar, pero había sido derrotado cuando trataron de derrocar al rey Deimas y a la reina Esmeray. El rey y la reina dieron su vida por la guerra al emplear su magia no solo para vencer y encerrar a los habitantes de Avonleya, sino también para protegerlos de las cortes fae al norte y al sur de los territorios humanos. Ese sacrificio brindó a los humanos protección contra los fae que deseaban esclavizar a los mortales con quienes compartían continente. No obstante, este libro profundizaba en los reinos conquistados: había cosas que a Scarlett no le habían enseñado durante sus exhaustivos estudios, detalles sobre la extraña magia que poseían y sobre los dioses y linajes desaparecidos hacía tiempo.

—¿De verdad vas a quedarte todo el día leyendo ahí sentada? —preguntó una joven arrastrando las palabras desde el umbral, con la cadera apoyada contra el marco de la puerta.

Llevaba el pelo dorado trenzado y hacia un lado. Scarlett le dedicó una sonrisa de superioridad a Tava Tyndell, hija del señor de la casa. Las dos chicas eran muy distintas. Scarlett rebosaba confianza y arrogancia. Tava era completamente sumisa y poseía un carácter dulce por fuera, al igual que todas las señoritas de la nobleza a quienes se las instruía desde pequeñas, aunque era bastante lista y le gustaba meterse en algunos líos con Scarlett de vez en cuando. El hecho de que Scarlett no hubiese crecido en una familia noble explicaba sus marcadas diferencias; pero, aun así, eran amigas.

—A no ser que se te ocurra algo mejor, estoy bastante satisfecha con pasarme el día holgazaneando al sol, muchas gracias —contestó Scarlett tras volver a centrar la atención en el libro.

—Te está esperando. Está en la sala de entrenamiento —susurró Tava al mismo tiempo que jugueteaba con el amuleto espiritual que llevaba en el cuello. Estaba compuesto por tres círculos entrelazados, uno al lado del otro: era el símbolo de Falein, la diosa de la astucia y la sabiduría.

Scarlett volvió lentamente la vista hacia ella.

—¿Cuánto lleva aquí?

Tava contestó en voz baja.

—Solo unos minutos. Casi me da un ataque al corazón cuando ha salido de las sombras y me ha mandado que fuese directamente a buscarte.

—¿Está sola? —preguntó Scarlett.

—No lo sé, pero no tenemos mucho tiempo. Drake y el resto de los hombres han salido de caza y volverán pronto —respondió Tava.

Scarlett se levantó de la silla y se metió el libro bajo el brazo.

—Tú primero.

Las chicas anduvieron en silencio por el salón y saludaron con la cabeza a un par de criados por el pasillo. Salieron con discreción por las puertas de la terraza trasera y cruzaron los jardines hacia la sala de entrenamiento.

La mansión Tyndell se hallaba en una extensa finca con sus propios establos, jardín, sala de entrenamiento y campos para practicar tiro con arco. La mansión en sí tenía dos plantas con una docena de habitaciones de lujo, varios despachos, salas de estar y similares. Lord Tyndell era el señor de la mansión y vivía allí con sus dos hijos: Drake y Tava. A Scarlett le habían contado que su mujer había fallecido por culpa de una enfermedad degenerativa cuando sus hijos eran pequeños.

Aunque Scarlett viviese con la nobleza en la actualidad, carecía de sangre noble. De esa clase de nobleza al menos. Poseía una riqueza abundante gracias a su madre, que había sido una curandera muy solicitada en la capital hasta que falleció cuando ella tenía nueve años. Jamás conoció a su padre. Cuando su madre murió, la Comunidad, que estaba enfrente del recinto de los curanderos que su madre había regentado, la acogió. Vivió con la Comunidad hasta que la enviaron a vivir con los Tyndell hacía un año, al cumplir los dieciocho.

El vestido largo de Scarlett susurró por la hierba cuando dieron los últimos pasos apresurados y abrieron las puertas del barracón de entrenamiento de un empujón. La sala principal estaba vacía, y Scarlett echó un vistazo a Tava. La chica se encogió de hombros y se mordió el labio inferior con nerviosismo. Scarlett resopló en voz alta y después soltó un gruñido en la habitación vacía:

—Aunque es cierto que hoy en día dispongo de todo el tiempo del mundo, no me hace mucha gracia que me llamen como a un puñetero perro.

—Qué caprichosa estás últimamente. Aunque supongo que no es novedad —comentó una voz femenina arrastrando las palabras mientras emergía del rincón más oscuro de la habitación y le daba vueltas a una daga con la mano—. Por el amor de Arius, ¿te has dado un paseo por los jardines antes de venir a verme?

Scarlett puso los ojos en blanco y le hizo un gesto de mal gusto a la mujer mientras se acercaba hacia la pared de armas. Las es-

padas brillaban, sus empuñaduras iban de grandes e intrincadas a simples y aburridas. Unos cuchillos de caza, arcos y carcajes repletos de flechas decoraban la pared.

—¿Llevas viviendo aquí desde hace casi un año y aún no has aprendido a comportarte como una dama? —preguntó la mujer tras ponerse a su lado. Dos cimitarras pendían de su cintura y llevaba una espada sujeta a la espalda.

—Al parecer, no —contestó Scarlett después de coger una espada sencilla. Se percató de que no tenía nada de especial al comprobar su equilibrio. Tras decidir que le serviría por hoy, se dio la vuelta para ponerse frente a ella. Era un poco más alta que Scarlett, tenía la piel blanca y el pelo rubio ceniza. Los ojos eran del color de la miel.

—Bien —respondió, y una sonrisa salvaje se le extendió por el rostro—. No me gustaría tener que buscarme a otra compañera. No es lo mismo luchar contra los tíos de la Comunidad.

—¿Te refieres a que ninguno es tan agradable a la vista? —preguntó Scarlett encabezando la marcha hacia uno de los cuadriláteros.

—Me refiero —dijo la mujer mientras adoptaba una postura defensiva— a que ninguno es tan increíble como yo; y que me aburren soberanamente, aunque haya muchos que sean agradables a la vista.

—El narcisismo que hay en esta sala es realmente impresionante —reflexionó Tava desde donde estaba montando guardia, junto a la entrada del edificio.

Scarlett y la mujer se rieron al mismo tiempo que comenzaban un baile de estocadas, fintas, giros y embestidas. Las espadas cantaban conforme ellas azotaban el aire. Eran borrones que se movían con tanta rapidez que resultaba imposible averiguar dónde terminaba una y empezaba la otra. Scarlett profirió una palabrota al percatarse demasiado tarde de su error y la mujer hizo que soltase el arma con una maniobra ganadora. Bajó la espada con una risita y dijo:

—Estás un poco verde.

—A diferencia de ti, yo no vivo en una fortaleza atestada de ladrones y asesinos con quienes puedo pelear a cualquier hora del día —respondió Scarlett con el ceño fruncido.

—Vale, vale —la reprendió—. Podríamos sacarte de aquí esta misma noche. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No deseo pasar de una prisión a otra —se burló Scarlett.

—Él quiere que vuelvas a casa —dijo la mujer con suavidad tras reducir la distancia entre ambas para que Tava no pudiese escucharlas.

—Esa ya no es mi casa, Nuri.

—¿Y esto sí lo es? —preguntó a la vez que levantaba las cejas.

—No, aunque supongo que por ahora aquí estoy a salvo. Hasta que se me ocurra... otra cosa. Hasta que pueda desaparecer.

—Por favor, no cometas ninguna estupidez.

—Mira quién fue a hablar —contestó Scarlett con una mirada penetrante.

—No estamos hablando de mí —dijo Nuri tras mover la mano para restarle importancia—. Vuelve a casa, Scarlett. ¿Quieres desaparecer? Durante los años que estuviste ahí, nadie sabía que estabas viva.

—Sí, pero te repito que aquí tengo forma de estar a salvo... de todos ellos.

—Allí estarías igual de protegida. Lo ha repetido más de una vez. Lo único que necesitas es olvidarte de una cosa —insistió Nuri.

—No volverán a ocultarme en una jaula —gruñó Scarlett.

—Ya estás en una —replicó Nuri, preparándose para volver a pelear.

—Eso es porque él me metió aquí dentro —respondió Scarlett, y la ira impregnó su tono.

—Fuiste tú la que se metió y la que se niega a que la liberen —espetó Nuri.

Scarlett se abalanzó hacia Nuri, dando comienzo al siguiente combate, y casi se tropezó con la falda de su largo vestido.

—En la Comunidad no tendrías que ponerte esas cosas —dijo Nuri con una sonrisita—. Así como dato.

—Dime para qué has venido, Nuri —preguntó Scarlett automáticamente tras bloquear una estocada.

—Tiene un encargo para ti —contestó ella mientras se agachaba para esquivar el siguiente movimiento de Scarlett. Barrió el suelo con el pie y Scarlett frustró su intento de tirarla al suelo.

—¿Estás de coña? —Scarlett giró y arremetió con la espada.

—No bromearía con algo así —respondió Nuri mientras luchaba contra el bloqueo de Scarlett—. Y él tampoco. De hecho, ofrece una suma muy tentadora si completas el encargo.

—No necesito que me dé más dinero —respondió Scarlett furiosa—. No necesito nada más de él, ya no.

—Ya lo sabe. Por eso te ofrece algo más —contestó Nuri. Ambas jadeaban, pues tenían la misma destreza en casi todos los sentidos—. Por los dioses, hacía siglos que no tenía un oponente digno. —Nuri esbozó una sonrisa malvada de placer mientras se movían por el cuadrilátero en un baile de maniobras que tan solo podía obtenerse a través de un entrenamiento y una práctica exhaustivos.

—Por lo visto, no estoy tan verde como pensabas —logró pronunciar Scarlett entre jadeos.

—Bueno, sigues sin estar en tu mejor momento, pero incluso tu versión mediocre es mejor que la de la mayoría de los integrantes de la Comunidad —respondió Nuri, apañándoselas de alguna forma para encogerse de hombros al decirlo.

—Lo que tú digas —murmuró Scarlett mientras le encajaba una patada en el estómago.

Nuri se rio y levantó las manos para detener el combate.

—Acordemos una tregua entonces, hermana. Tenemos que hablar del encargo.

—Puedes decirle al líder de los asesinos que coja su *encargo* y se lo meta por...

—Ni siquiera has escuchado la oferta todavía, Scarlett. Confía en mí, cuando sepas de qué se trata, creo que cambiarás de opinión.

—Lo dudo mucho.

Nuri volvió a recortar la distancia entre ambas y bajó la voz.

—Ha averiguado quién contrató a Dracon.

—Sé quién le contrató. Sé quién ordenó que asesinaran a mi madre. Lo descubrimos poco después de cargarnos a Dracon —respondió Scarlett en un tono cortante.

—Pero sabe cómo encontrarlo y te ayudará a acabar con él.

A Scarlett casi se le cayó la espada al suelo sucio del barracón de entrenamiento.

—Miente.

—Es cierto, Scarlett. —Los ojos color miel de Nuri estaban clavados en ella—. Lo sabe, y te lo dirá si aceptas y completas el encargo. También dijo que, si lo aceptas, te permitirán volver al Sindicato para entrenar y hacer uso de nuestros recursos.

—¿A ti te lo ha dicho?

—No es idiota —contestó Nuri alargando las palabras—. Sabe que te lo contaría incluso si me lo prohibiese.

—¿Quién es el objetivo?

—No puedo contarte nada hasta que no lo aceptes.

—¿Por qué? ¿Es que es a ti a quien tengo que matar?

—Pues claro que no —replicó Nuri—. Tampoco podrías aunque quisieras.

—Ambas sabemos que eso no es verdad.

—Creo que en realidad no lo sabemos.

—¿El objetivo es suyo o del rey?

—No lo sé. No sé quién es el objetivo —contestó Nuri.

—¿Entonces cómo se supone que me vas a explicar en qué consiste el encargo?

—Te enviará una nota.

—Tan dramático como siempre, joder —se quejó Scarlett mientras ponía los ojos en blanco.

—Los hombres han regresado —siseó Tava desde la entrada—. Acaban de entrar en los establos.

—¿Qué le digo? —preguntó Nuri tras subirse la capucha de la capa y envainarse la hoja a la espalda.

—Joder, Nuri, pues claro que lo haré si me echa una mano —espetó Scarlett mientras se apresuraba a dejar la espada. Se dio la vuelta para enfrentarse a ella, pero ya había desaparecido en las sombras.

—Date prisa, Scarlett —susurró Tava—. Saldrán de los establos en cualquier momento.

Scarlett fue con Tava y las dos salieron de la sala de entrenamiento rápidamente, aunque no lo suficiente.

Dos hombres llegaron de los establos justo cuando salían de nuevo a la luz del sol.

—Mierda —masculló Tava. Como era de la nobleza y todo eso, la joven señorita casi nunca decía palabrotas. Se volvió hacia Scarlett y susurró—: Mikale está aquí.

—Lo sé —contestó Scarlett con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. No pasa nada. Puedo ocuparme de él.

La familia Lairwood llevaba desde hacía mucho siendo la Mano del rey, y Mikale Lairwood estaba destinado a ser la Mano del príncipe heredero: el príncipe Callan. Mikale también le había echado el ojo a Scarlett y había declarado sus intenciones hacía aproximadamente un año. Justo cuando ella se mudó a la mansión Tyndell. Pese a haberlo rechazado en más de una ocasión, él era insistente, y, como lord Tyndell era el líder de las tropas del rey y Mikale era comandante en dichas tropas, Scarlett se encontraba en presencia del joven lord con más frecuencia de la que le habría gustado. No obstante, la realidad seguía siendo que a ella no le corría sangre noble por las venas y era impensable que lord Lairwood aprobase que un miembro de su familia se casase con alguien sin sangre noble.

Aun así, Mikale también era el motivo de que ella estuviese residiendo en la mansión Tyndell.

—Por lo menos está con Drake —dijo Tava con indecisión.

—Sí —susurró Scarlett. Aunque no serviría de mucho. Cerró los ojos y obligó al hielo que tenía en las venas a calmarse, templando así la ira que amenazaba con escapársele por la boca.

—Tava. Scarlett —saludó Drake al acercarse, y las observó con suspicacia—. ¿Qué hacéis vosotras aquí?

—Te estábamos buscando, evidentemente —le respondió Tava a su hermano.

—¿Para qué? —preguntó él arqueando una ceja.

—Esperaba que hubiese vuelto para que saliésemos a montar —interrumpió Scarlett guiñándole el ojo a Drake.

—¿Salir a montar en vestido? —preguntó Mikale arrastrando las palabras con desprecio—. Qué recatada se ha vuelto, *milady*.

—Le sorprendería lo que puedo hacer con un vestido —contestó Scarlett con frialdad.

—Apuesto a que sí —respondió él mientras le recorría el vestido de color lavanda ceñido al pecho con los ojos, que después se precipitaron hasta el suelo—. ¿Le importaría explicármelo? —Dio un paso hacia ella.

—Dé un paso más y lo averiguará de primera mano —contestó Scarlett con una ira contenida.

A Mikale se le crisparon los labios de la diversión, y Scarlett se puso hecha una furia. Apretó los puños a los costados.

—Venga, da un paso más, Mikale. Todos sabemos que Scarlett te daría una tunda —dijo un hombre que apareció detrás de Mikale y Drake—. Y nos morimos de ganas de verlo.

A Scarlett le dio un vuelco el corazón y fue incapaz de reprimir la sonrisa que se le extendió por el rostro al jadear:

—Cassius.

LAS SOMBRAS SIEMPRE REGRESAN A LA OSCURIDAD

UNA PRISIÓN

Scarlett Monrhoe y sus dos hermanas, propiedad del despiadado líder de los asesinos, llevan entrenando desde pequeñas para torturar y arrebatar vidas. Son el trío más temido del continente, pero también son salvajes e impredecibles. Una trágica noche, Scarlett descubre que está confinada en casa de un noble, donde se quedará atrapada y olvidada hasta que esté dispuesta a dar su brazo a torcer.

UNA ELECCIÓN

Hasta que un día recibe un encargo. Si lo completa, obtendrá como pago algo que lleva diez años codiciando: vengarse del Príncipe del Fuego fae que asesinó a su madre. ¿Está dispuesta a sacrificar sus ideales a cambio de impartir un castigo justo?

UN ENIGMA

Sin embargo, cuando empiezan a desaparecer niños de sus casas, todos sus planes se quedan en espera al apresurarse para salvar a los más inocentes. Con ayuda de viejos amigos, un amor no correspondido y un misterioso recién llegado que afirma que es posible emplear la magia de los fae en los territorios mortales, Scarlett se adentra en los rincones más oscuros del mundo. Los secretos olvidados saldrán a la luz y Scarlett descubrirá que la oscuridad se expande mucho más lejos de su propio reino.

ISBN: 978-84-19988-22-5
Cód.: 5310032

FAERIS